



www.loqueleo.santillana.com

Título original: EL REGRESO DE LAS CAREY

© 2015, Pablo María Sáenz

© 2015, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-363-3

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora Corripio S. A.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: enero de 2016

Director de Arte y Producción:

Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición:

Ruth Herrera

Ilustraciones de cubierta e interiores:

Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El regreso de las carey

Pablo María Sáenz

loqueleo

A Gaby, con amor.

Cerrar los ojos a la naturaleza solo nos hace
ciegos en un paraíso de tontos.

JACQUES Y. COUSTEAU

La playita

—¡Iván, no corras que te puedes caer! ¡Iván, Iván! 11

Esa es mi abuela Luisa, pero si no me apuro voy a llegar tarde. Nuestra casa está en la parte alta. Yo bajo por el sendero de tierra, es un atajo que llega hasta la carretera. Del otro lado del alambrado está el bosque, después el descenso por un camino estrecho que va serpenteando entre las piedras y al que alguien alguna vez agregó una cuerda pasamanos en el tramo con más pendiente. Igualmente hay que bajar con cuidado para evitar resbalar sobre la roca cuando está mojada, y por fin, la playita, como la llaman en el pueblo.

Vista desde lo alto parece una lengua de arena

blanca que avanza hacia el mar entre las rocas. Es un lugar solitario; creo que mi hermano Kevin es el único que utiliza su orilla. Hay una palmera que creció medio tumbada, parece el mascarón de proa de un barco pirata. Me gusta treparla un poquito, despegarme de la arena y apoyarme contra su tallo; quedarme allí mirando el mar mientras espero a Kevin.

Hoy hay millones de puntitos de luz flotando sobre el agua; son del sol que sale desde el mar, por eso debo ponerme la gorra y cerrar un poco los ojos: así, a lo chino, para distinguir el bote de mi hermano. Tengo que esperar. Él me explicó que las maniobras no son fáciles, hay que saber por dónde entrar la embarcación para evitar que las rocas golpeen la quilla. Yo creo que lo hace muy bien porque el bote no tiene ningún agujero.

–¡Iván, Iván! –Es Kevin que ya está cerca de la orilla y me llama–. ¡Voy con la próxima rompiente! –mi hermano aprovecha la rompiente para impulsarlo hacia la orilla; luego alza los



remos y baja del bote. Entre los dos tiramos del cabo de proa para vararlo sobre la arena.

–¿Qué has pescado?

–Poca cosa... cuatro carites y una barracuda que devolví al mar. ¡Tengo un hambre feroz! Soy capaz de comerme uno de estos pescados crudo. ¿Has traído algo de fruta?

14 –Sí, está allá en la mochila, debajo de la palmera.

–Terminemos de acomodar el bote. Ayúdame que estoy cansado.

–Habría que ponerle un motor así puedes ir más adentro y por ahí pescas más. ¿No te parece, Kevin?

–Habría... habría... esto es lo que tenemos por el momento y demos gracias que no tuvimos que comprarlo. Habría que hacer tantas cosas. La casa tiene unas cuantas maderas podridas y la abuela ya no puede sola, se está poniendo mayor. ¿Quieres un guineo?

–No, está bien, gracias. Estaba pensando, Kevin... ¿Por qué no me llevas contigo a la capital?

Podría seguir estudiando allá y de paso me consigo un trabajo y te ayudo con los gastos, entonces nos compramos el motorcito y volvemos juntos al pueblo los fines de semana para salir a pescar. También puedo fajarme por unos meses así juntamos rápido el dinero para...

–¡Hey, hey, hey! ¡Para Iván, que eso ya lo hablamos! Tú tienes que seguir estudiando para no ser un burro y en la escuela del pueblo, así puedes ayudar a la abuela; después ya se verá. Además entre la universidad y el trabajo yo estoy todo el día de un lado para otro, y ya somos tres compartiendo la misma habitación. ¿Dónde quieres que te meta?

–Bueno, yo decía para ayudar.

–Pero sí estás ayudando, Iván, ayudas a la abuela con el huerto, la acompañas a llevar las hortalizas y los vegetales para vender en el mercado. Ella a veces se olvida de dónde pone las cosas y entonces estás tú con ella, para ayudarla. ¿Entiendes? Si no imagínate... así, sola.

–Pero ella no está sola, tiene a Tomás que la ayuda y para eso le paga, ¿no?

–No es lo mismo, tú eres su nieto y Tomás es solo un empleado. La pobre está sola para todo. Nosotros somos su familia, la familia que le queda.

–¿Y papá? Seguro que cuando él vuelva...

16 –¡Basta con eso, Iván! Papá cada tanto manda algo de dinero pero no vuelve, por ahora no vuelve.

–Es culpa de la gringa esa, seguro.

–No sé de quién es la culpa pero nosotros tenemos que ayudar a la abuela.

–Tienes razón, pero si mamá estuviese con nosotros no hubiera dejado sola a la abuela, aunque no era su hija, igual no la dejaba.

–Seguro que no, pero mamá ya no está. ¿Podríamos ir a visitarla? Y de paso le llevamos unas flores, su aniversario es el martes pero yo no voy a estar en el pueblo.

–Tú sabes que no me gusta ir al cementerio. Pero si quieres te acompaño... ¿La abuela está enferma?

–No, no, para nada, lo que pasa es que ella está más viejita que antes, es eso.

–¿Y si nos vamos todos a vivir a la capital? Podemos vender la casa y nos vamos con la abuela para allá, así estamos los tres juntos.

–No sé... no depende de mí. ¿Y si después le hace falta su casa? Tú has visto como se pone la gente mayor cuando la sacas de su casa de siempre. Toma, lleva la vara que yo me arreglo con el resto. ¡Ah... me olvidaba de contarte! ¿Sabes que vi una tortuga carey asomando la cabeza del agua? Era una carey, estoy seguro, y se quedó un rato por allí, nadando cerca del bote. Es la primera vez que veo una en el mar. Tenía el caparazón como el de la tortuga del acuario, ¿te acuerdas?, color café medio verdusco salpicado de amarillo. ¡Debajo del mar se veía radiante!

–¿Y por qué no la agarraste?

–¿Para qué? ¡Estás loco! Pobre tortuga, hay que dejarla tranquila que no es un pez.

–¿Tú has visto la boca que tienen? Parece

un pico filoso, con una mordida son capaces de arrancarte un dedo. Así ¡zas!, de cuajo. Y esta tenía cara de enojada. ¿Te acuerdas la del acuario que sacaba la comida de entre las piedras esas que había en el fondo? Bueno, ¿ya estás listo? Vámonos.

18

–Oye, Kevin ¿no te gustaría tener una tortuga como mascota?

–Preferiría un perro, si tuviese donde tenerlo claro, y las tortugas de mar no pueden vivir fuera del agua porque se mueren.

–Sí, ya sé, pero yo decía una de tierra, por ejemplo como la que tiene Ernesto, el del colmado, aunque esa siempre anda con la cabeza escondida; debe ser un aburrimiento... Y seguro que Ernesto no la cuida bien porque está muy ocupado atendiendo el negocio. En casa nunca pasaría hambre porque le podríamos dar las verduras que la abuela no lleva al mercado, las que están feas. No creo que se vaya a enfermar por eso pues las tortugas no tienen el mismo estómago que los humanos, digo, por-

que muchas comen lo que encuentran por ahí tirado... Aunque tampoco creo que coman tanto ¿no te parece?

–¡Qué sé yo! ¡Pon atención con la vara!

–Es que no me estás escuchando, Kevin.

–Claro que te estoy escuchando. ¡Preguntas cada cosa!